

guridad del emperador vencido y desarmado era un depósito confiado al honor de los soberanos aliados; que sobre este punto ella debía estar tranquila y seguir el consejo de ir á pasar los primeros días de la separación en medio de las caricias de su familia y de los recuerdos de su infancia.

María Luisa, hallando cómodo para su flaqueza lo que la proponían con las formas más afectuosas, se prestó á los deseos de su padre y consintió en dirigirse á Viena, en tanto que Napoleón se encaminara á la isla de Elba. Encargó á Mr. de Caulaincourt que manifestara de su parte á Napoleón su afecto, su constancia y su deseo de reunirse con él lo más pronto posible, así como su propósito de llevarle su hijo, que prometía cuidar y que cuidaba efectivamente con el mayor celo. En cuanto á los hermanos de Napoleón, á sus hermanas y su madre, se dispersaron todos después de la marcha de María Luisa, para substraerse allí á las vejaciones que les amenazaban. Los diferentes ministros y agentes del gobierno imperial que habían acompañado á Blois á la regente se diseminaron también, y la mayor parte de ellos para adherirse en París á los actos del senado.

Tal fué la suerte de todo lo que pertenecía á Napoleón durante estos últimos días. Entretanto él estaba en Fontainebleau, de todo punto resignado á los rigores del destino, deseando que se terminaran los preparativos de su viaje, para encontrarse por fin en el lugar en donde iba á disfrutar de un género de reposo cuya naturaleza ni duración no podía él presentir entonces. Cada día veía crecer la soledad en su derredor. Encontraba muy natural que le abandonaran, pues aquellos militares que le habían seguido por todas partes, excepto el último día, debían estar impacientes de unirse á los Borbones, para conservar las posiciones que eran el justo premio de los trabajos de su vida. Únicamente Napoleón habría querido que lo hiciesen con un poco más de franqueza, y para alentarlos á tenerla les dirigía el lenguaje más noble. «Servid á los Borbones, les decía, servidles bien; no os queda otra conducta que seguir. Si ellos saben gobernarse, la Francia, bajo su autoridad, puede ser dichosa y respetada. Resistí á las vivas instancias de Mr. de Caulaincourt para aceptar la paz de Chatillon, y tenía razón; esas condiciones eran humillantes para mí y no lo son para los Borbones. Éstos encuentran la Francia que dejaron, y pueden aceptarla con dignidad. De todos modos, la Francia quedará todavía muy poderosa, y aunque poco reducida geográficamente, seguirá siendo tan grande moralmente por su valor, su genio, sus artes y la influencia de su espíritu en el mundo. Si su territorio ha disminuído, su gloria y los recuerdos de nuestras victorias vivirán siempre, y tendrán un peso inmenso en los consejos de la Europa. Servidla, pues, bajo el mando de los príncipes traídos hoy por la fortuna variable de las revoluciones; servidla como la habéis servido cuando mandaba yo. No les hagáis difícil su tarea, y abandonadme, conservándome sólo un recuerdo.» Tal es el resumen del lenguaje que usaba todos los días Napoleón en la soledad reciente que se hallaba. Hemos visto cómo se separaron de él Ney y Macdonald; Oudinot, Lefebvre y Moncey le abandonaron cada uno á su manera. Berthier se había retirado también, pero le movió á ello en cierto modo una orden de su soberano.

Napoleón le había confiado el mando del ejército para que él lo transmitiera al gobierno provisional, y á fin de que durante esta transmisión pudiese confirmar los grados que constituían el premio de la sangre vertida en la última campaña. Berthier había prometido volver; Napoleón lo esperaba así, y viendo que pasaban los días sin que regresara, llegó á perder la esperanza de verle, y lo sentía sin quejarse. En vez de la llegada de Berthier, lo que sucedía es que diariamente se marchaba algún oficial de alta graduación. Unos dejaban á Fontainebleau por razones de salud, otros por razones de familia ó de negocios; todos prometían volver luego, pero ninguno pensaba en semejante vuelta. Napoleón fingía comprender los motivos de cada uno, estrechaba afectuosamente la mano de los que partían, pues sabía que se trataba de un adiós definitivo, y sin creerlos, les dejaba decir que volverían. Poco á poco el palacio de Fontainebleau se había convertido en un desierto. En sus patios silenciosos se oía á veces el ruido de carruajes, pero eran carruajes que se iban. Napoleón presenciaba así en vida su propio fin. ¿Quién no ha visto con frecuencia á la entrada del invierno, en medio de campos devastados ya, una robusta encina que extiende á lo lejos sus ramas sin verdura, y tiene á sus pies los restos de su rica vegetación? En su torno reinan el frío y el silencio y por intervalos se oye apenas el ligero ruido de una hoja que se desprende. El árbol inmóvil y erguido no tiene ya más que algunas hojas amarillentas á punto de caer como las otras, pero no por eso deja de dominar la llanura con su cabeza sublime y despojada. De este modo, Napoleón veía desaparecer una por una las fidelidades que le habían seguido á través de las innumerables vicisitudes de su vida. Las había que se sostenían un día, dos días más, y que expiraban al tercero, concluyendo todas de la misma manera. No obstante, había algunas que nada había podido quebrantar. Drouot, con la reprobación en el corazón, la tristeza en la frente y el respeto en la boca, había permanecido firme cerca de su desgraciado soberano; el mariscal Bertrand había seguido este generoso ejemplo, y los duques de Vence y de Basano se habían quedado igualmente. El duque de Vence no se mostraba más adulator que en otro tiempo; el duque de Basano casi lo era más, y excusaba así honrosamente su larga sumisión, probando que era hija de una admiración á Napoleón, sincera, absoluta é independiente del tiempo y de los acontecimientos. Napoleón, enternecido con su adhesión, le dirigió más de una vez estas consoladoras palabras: «Basano, pretenden que sois vos quien me ha impedido hacer la paz... ¿Qué os parece?... Esta acusación debe hacerlos reír, como todas las que me dirigen en el día...» Y otras tantas veces Napoleón le había estrechado la mano, confesando así de la manera más noble que él era el único culpable.

Esta larga agonía debía tener un fin. Los comisarios de las potencias habían llegado, y Napoleón los había recibido con agrado, excepto al comisario prusiano que traía á su memoria recuerdos penosos: sus antiguas faltas con respecto á la Prusia, y la odiosa conducta del ejército prusiano relativamente á nuestras provincias devastadas; á éste le trató con cortesía y frialdad. Estando todo dispuesto el 18, Napoleón, mejor informado de lo que había pasado en Rambouillet entre su mujer y su

suegro, hubo de comprender que aquella entrevista, de la cual había esperado alguna cosa, menos para él que para María Luisa y el rey de Roma, no tendría otro resultado que privarle de su presencia, y que esos seres queridos, considerados no como una familia, sino como una parte de las grandezas del trono, le serían sin duda arrebatados con el trono mismo. Esto le irritó vivamente y un instante se manifestó dispuesto á romper el tratado del 11 de abril y á precipitarse en nuevas aventuras; mas recobrando muy luego la razón y la resignación, dijo que estaba pronto á emprender la marcha. Sin embargo, las órdenes para el gobernador de la isla de Elba no estaban bastante explícitas, y Mr. de Caulaincourt debió correr de nuevo á París para que las pusieran como era debido. En fin, el 20 por la mañana, no faltando ya ninguna cosa, Napoleón se decidió á salir de Fontainebleau. El batallón de su guardia, destinado á seguirle hasta la isla de Elba, estaba ya en camino. La guardia se hallaba acampada en Fontainebleau, y Napoleón, queriendo despedirse de ella, la hizo formar en círculo en el patio del castillo, y después, en presencia de sus viejos soldados profundamente conmovidos, pronunció las palabras siguientes: «Soldados, antiguos compañeros de armas, á quienes he encontrado siempre en el camino del honor: es preciso al fin separarnos. Habría podido estar más tiempo entre vosotros, pero para esto habría sido preciso prolongar una lucha cruel, añadir quizá la guerra civil á la extranjera, y no he podido decidirme á desgarrar por más tiempo el seno de la Francia. Disfrutad del descanso que habéis adquirido tan justamente, y sed dichosos. En cuanto á mí, no me compadezcáis. Me queda una misión, y para llenarla he consentido en vivir; es la de contar á la posteridad las grandes cosas que hemos hecho juntos. Quisiera estrecharos á todos en mis brazos, pero dejadme abrazar esta bandera que os representa.» Y entonces, llamando al general Petit, que llevaba la bandera de la vieja guardia, y que era un modelo cumplido del heroísmo modesto, estrechó contra su pecho á la bandera y al general, en medio de los gritos y las lágrimas de todos los presentes. Después se arrojó en el fondo de su coche, con los ojos bañados en lágrimas, y habiendo enternecido aun á los comisarios encargados de acompañarle.

Su viaje se hizo al principio lentamente. El general Drouot abría la marcha en un coche; seguía Napoleón llevando en el suyo al general Bertrand, y detrás iban los comisarios de las potencias. Durante los primeros relevos, el cortejo fué acompañado por destacamentos de caballería de la guardia. Más lejos, faltando los destacamentos, marcharon sin escolta.

En la parte de la Francia que atravesaban, y hasta la mitad del Borbonés, Napoleón fué acogido por las aclamaciones del pueblo, que aunque maldiciendo la quinta y los derechos reunidos, veía en él al héroe desgraciado y al valeroso defensor de la patria. En tanto que la multitud rodeaba su coche gritando *¡viva el emperador!*, dirigía también al carruaje de los comisarios el grito de *¡muera los extranjeros!* Repetidas veces Napoleón se excusó con ellos por aquellas manifestaciones que no estaba en su mano impedir, pero que, sin embargo, probaban que no era en toda la Francia tan impopular como habían dicho. En general hablaba con dulzura y libertad con los funcionarios que encontraba en su ca-

mino, y recibía su adiós y les daba el suyo con la mayor serenidad de espíritu.

Muy luego, el viaje se hizo más penoso. En las cercanías de Moulins cesaron los gritos de *¡viva el emperador!* y se oyeron los de *¡viva el rey!*, *¡vivan los Borbones!* Entre Moulins y Lyon, el pueblo no demostró más que curiosidad, sin hacer ninguna manifestación significativa. En Lyon, Napoleón había tenido siempre muchos partidarios, agradecidos á lo que había hecho por su ciudad y por su industria; no obstante, había también una parte de la población que profesaba sentimientos enteramente contrarios. Con el fin de evitar toda manifestación, atravesaron Lyon durante la noche, y aun á pesar de esto, algunos gritos de *¡viva el emperador!* saludaron el cortejo imperial. Pero éstos fueron los últimos. Atravesando Valence, Napoleón encontró al mariscal Augereau, que acababa de publicar una proclama indigna, reductada, según decían, por el duque de Otranto, y que concluía con estas palabras: «Soldados, estáis libres de vuestros juramentos; lo estáis por la nación, en quien reside la soberanía, y lo estáis también, si fuera necesario, por la abdicación de un hombre que, después de haber inmolado millones de víctimas á su cruel ambición, no ha sabido morir como soldado.» El pobre Augereau lo había sabido menos, no habiendo querido exponerse á morir en el Saona y el Ródano, donde había contribuido, con su debilidad y con su ineptitud, á empeorar la situación de la Francia. Napoleón, que no conocía su proclama, pero que conocía su triste campaña, no le dirigió, sin embargo, ninguna recriminación; le acogió con una indulgente familiaridad, y aun le abrazó al despedirse. Conforme adelantaba hacia el Mediodía los gritos de *¡viva el rey!* se multiplicaban, y muy luego se añadieron á éstos los de *¡abajo el tirano!*, *¡muera el tirano!* Especialmente en Orange, estos gritos se profirieron con suma violencia. En Aviñón, la población amotinada pedía con furia le entregaran *al Corso* para descuartizarle y arrojarle al Ródano. En tanto que trataban así al genio, culpable, pero glorioso, en quien durante mucho tiempo se habían personificado la prosperidad y la grandeza de Francia, gritaban *¡vivan los aliados!* alrededor del coche de los comisarios. Por lo demás este favor que merecían los extranjeros era en aquel momento una dicha, pues sin la popularidad de que gozaban los representantes de las potencias, Napoleón degollado habría precedido en las aguas del Ródano al infortunado mariscal Brune. En efecto, fueron precisos todos los esfuerzos de los comisarios, de las autoridades y de la gendarmería para impedir un horrible crimen. En Orléans anunciaron un gran motín y escenas más violentas todavía. Estas poblaciones ardientes, exasperadas por las quintas, por los derechos reunidos, y por una larga privación de todo comercio, eran realistas en 1814 como habían sido terroristas en 1793, y sólo necesitaban una ocasión para mostrarse tan sanguinarias como entonces. Los comisarios, cargados con una inmensa responsabilidad, no vieron otro recurso para salir del paso que el de disfrazar á Napoleón, y le obligaron á ponerse un uniforme extranjero, á fin de que pareciese uno de los oficiales que componían el cortejo. Esta humillación, la más dolorosa que hubiese sufrido en toda su vida, se presentó á su mente, como recordaremos, cuando tomó el veneno preparado por el doctor Iván; y no obstante,

por dolorosa que pudiese ser, muy luego reconocieron cuán necesaria era. Así que entraron en el lugarillo de Orgón, el pueblo, armado con una horca, se presentó pidiendo el tirano y se arrojó sobre el coche imperial para abrirle por fuerza. Pero en este coche sólo se encontraba el general Bertrand, que quizá hubiese pagado con la vida el furor excitado contra su soberano, si Mr. de Schouwaloff, que hablaba muy bien el francés como todos los rusos, no se hubiese precipitado de su carruaje para tratar de despertar en aquellos furiosos los sentimientos que debía inspirarles un vencido y prisionero. Por fortuna el uniforme ruso sirvió á Mr. de Schouwaloff más que su lenguaje, y consiguió calmar á los furibundos, mientras los coches se salvaban del peligro. En otras paradas las escenas violentas fueron disminuyendo, y al aproximarse al mar cesaron completamente.

Durante estas crueles pruebas, Napoleón, inmóvil, silencioso y por lo regular afectando desprecio, no pudo, sin embargo, permanecer siempre insensible á los continuos clamores del odio público, y una vez al fin sus ojos se anegaron en lágrimas. Pero se serenó al instante y procuró recobrar su altiva tranquilidad, aunque en su interior reconocía, sin embargo, en medio de la baja de semejantes demostraciones, esa tardía pero infalible justicia de las cosas, odiosa si no se la considerase más que en los viles instrumentos de que se vale, pero que aparece luego, si se elevan los ojos hasta ella; tan profunda como terriblemente remuneradora. A los grandes hombres, que la han provocado por sus faltas, sólo les queda un honor, un consuelo, el de conocerla, comprenderla y resignarse á sus decretos. Después de haber hecho correr más sangre que la que vertieron los conquistadores de Asia, no por maldad de alma, sino por ambición, Napoleón comprendía muy bien, sin decirse-lo á sí mismo, que se había expuesto á esas violentas manifestaciones de la muchedumbre. ¡Ay! la muchedumbre ha arrastrado á menudo por un lodo sangriento á héroes virtuosos que habían merecido sus homenajes; y preciso es confesar que si nunca se mostró más baja que en esta ocasión, frecuentemente ha sido más injusta.

Este suplicio fué terrible, pero por fortuna duró poco. Napoleón halló en el golfo de San Rafael una fragata inglesa, la *Undaunted*, que el coronel Campbell, comisario inglés, había mandado disponer, y se embarcó el 28 de abril, con dirección á la isla de Elba, fondeando el 3 de mayo en la rada de Porto-Ferrajo. Al día siguiente desembarcó en medio de los gritos de alegría de una población orgullosa de tener por soberano á este monarca que había caído del más grande de todos los tronos, que llevaba, según decían, inmensos tesoros, y que debía colmar de beneficios á todos los habitantes de la isla. Para resarcirle de los homenajes del universo, contaba entonces con los aplausos de un puñado de insulares, que vivían de la pesca ó del laboreo de las minas. ¡Vana y cruel comedia de las cosas humanas! Napoleón emperador del gran imperio que se había extendido desde Roma á Lubeck, Napoleón había venido á ser el monarca aplaudido de la isla de Elba!

#### CONCLUSIÓN

En presencia del desastroso fin de este gran reinado, las reflexiones se agolpan á la mente sugeridas por la

grandeza, la abundancia y el extraño carácter de los sucesos. Consignemos aquí esas reflexiones antes de cerrar esta historia, para que sirvan de lección á nosotros y á los siglos venideros.

El gobierno republicano, habiendo dejado de ser sanguinario en 1795, sin dejar de ser perseguidor, había impuesto la paz á la España, á la Prusia y á la Alemania del Norte, y quedaba empeñado en una guerra prolongada con el Austria y obstinada con la Inglaterra, guerra que sostenía por costumbre, digámoslo así, mediante unos soldados admirables y unos generales excelentes, aunque desunidos, cuando apareció de súbito en el ejército de los Alpes un joven oficial de artillería, de corta estatura; de rostro áspero, pero soberbio; de inteligencia singular, pero sorprendente; alternativamente taciturno ó pródigo de palabras; un momento en desgracia con la república y relegado entonces en las oficinas del Directorio, donde se distinguió por sus opiniones acertadas y profundas sobre cada circunstancia de la guerra, lo que le valió el mando de París el 13 vendimiario, y muy luego el mando de las tropas de Italia. Volviéndose á presentar en medio de ellas como general en jefe, dió de repente á los sucesos un movimiento extraordinario; atravesó los Alpes, adonde apenas había tocado anteriormente, invadió la Lombardia, llamó á su territorio toda la guerra, venció uno por uno á los ejércitos del Austria, cansó su constancia, la arrancó el reconocimiento de sus conquistas, la obligó á firmar pérdidas inmensas para ella, dió de este modo la paz al continente, y á sus actos pasmosos añadió un lenguaje enteramente nuevo por su originalidad y su grandeza, lenguaje que puede llamarse la elocuencia militar. Era imposible que un joven tan extraordinario, que aparecía como un meteoro en aquel horizonte turbado y sangriento, no llamara á sí todas las miradas y no acabara por fascinar á todos. La Francia, aunque hubiera sido de hielo, lo que no fué nunca, habría sido seducida, como en efecto lo fué y el mundo con ella.

Entre las potencias á quienes la revolución había arrojado el guante, una sola quedaba por vencer y era la Inglaterra. Retirada en su elemento, inaccesible para nosotros como lo éramos para ella, se habría dicho que no podía ser ni vencida ni vencedora. El Directorio, que trataba de ocupar al conquistador de la Italia y le consideraba no sólo como el primer capitán del siglo, sino como el hombre más fecundo en recursos, le dió el encargo de superar la dificultad física que nos separa de nuestra rival eterna. El joven Bonaparte, nombrado general del ejército del Océano, encontrando insuficientes los aprestos que se habían hecho para atravesar el paso de Calais, y dominado por su ardorosa imaginación, quiso atacar á la Inglaterra en Oriente. Bajo este concepto, hizo decidir la expedición de Egipto, atravesó á la vista de Nelson el Mediterráneo con quinientas velas, tomó Malta de paso, bajó al pie de la columna de Pompeyo, venció á los mamelucos en las Pirámides, á los genizaros en Abukir, y una vez dueño del Egipto, pasó algunos meses entregado á sueños maravillosos que á un tiempo abrazaban el Oriente y el Occidente. Pero habiendo venido á saber que el Directorio, á causa de su naturaleza anárquica, había provocado una nueva guerra, y que, gracias á su ineptitud, la conducía muy mal, el general Bonaparte abandonó el Egipto, cruzó

otra vez los mares y con su repentina aparición sorprendió y hechizó á la Francia desolada. No se mostró él más pronto en desear el poder que la Francia en ofrecersele; pues al verle dirigir la guerra, administrar las provincias conquistadas, en una palabra, al verle manejar todas las cosas, había reconocido en él no sólo un gran capitán, sino un jefe de imperio. Siendo primer cónsul, firmó, en el espacio de dos años, la paz del continente en Luneville y la paz de los mares en Amiéns, pacificó la Vendée, reconcilió á la Iglesia con la revolución francesa, levantó los altares, restableció el sosiego en Francia y en Europa, y dió reposo al mundo cansado de doce años de sangrientas agitaciones. Recompensado de tantas maravillas en 1802 con el poder vitalicio, trabajaba en medio de la admiración universal en reconstituir la Francia y la Europa.

¿Quién podía impedir á semejante hombre que se estuviera en paz, que disfrutara apaciblemente de la felicidad que había conquistado lo mismo para sí que para todos? Algunos hombres perspicaces, que observaban su actividad devoradora, experimentaban una especie de temor involuntario; pero la generación de aquella época se entregaba á él en toda confianza, y efectivamente, oyendo hablar á aquel joven era imposible poner en duda su sabiduría. De todos los sucesos de la terrible revolución francesa no resultaba una sola lección que no hubiese penetrado profundamente en su espíritu, derramando en él una abundante luz. No hablaba del regicidio y de la efusión de sangre humana sino con horror. Juzgaba extravagantes y odiosos los furros de los partidos, y había querido poner coto á ellos pacificando la Vendée y llamando á los emigrados. Encontraba tiránica para las conciencias y peligrosa para el Estado la pretensión de la revolución francesa de ordenar por sí sola los asuntos de religión, sin contar con la autoridad pontificia; y después de haberse entendido con el papa, había abierto de nuevo las puertas de las iglesias, y había asistido á la misa en presencia de los revolucionarios encolerizados. Tenía horror al desorden rentístico, al papel moneda y á la bancarrota, y trataba con desprecio á esos adaladores del populacho, que habían abolido las contribuciones indirectas. Además, siendo la guerra su arte, su gloria y su poder, se había consagrado á desacreditarla en elocuentes diatribas contra Mr. Pitt, insertas en el *Monitor*, y decía que deseaba ver á Mr. Pitt y á sus secuaces vivaqueando en campos de batalla ensangrentados, ó cruzando de día y de noche por medio de las borrascas del Océano, para que aprendiesen lo que era la guerra. Por último, se burlaba sin piedad de los inventores de la república universal, que querían someter á la Europa á un solo poderío, y que además pretendían constituir la sobre un tipo imaginario, pura ficción de su cerebro. ¿Quién tenía, pues, algo que enseñar al joven tan bien instruido por la revolución francesa? Era en verdad muy cuerdo, muy acertado en sus juicios, cuando se trataba de juzgar las pasiones de los demás hombres; pero ¿qué sucedería cuando se tratara de resistir á las suyas?

Por el pronto, el joven cónsul nada tenía que desear y nada dejaba que desear al mundo. Su poder era ilimitado, no sólo en virtud de las leyes, sino de la adhesión universal. Este poder era vitalicio, lo que bastaba para un marido sin hijos, y poseía además la facultad de

elegirse un sucesor, lo que le permitiera disponer del porvenir, según el interés público y según sus inclinaciones particulares. En cuanto á la Francia, gracias á la revolución y á él, tenía una posición que jamás había tenido en el mundo y que no debía tener ni cuando se extendiera su dominio de Cádiz á Lubeck. Tenía por fronteras los Alpes, el Rhin y el Escalda, esto es, todo lo que podía desear para su seguridad y poderío, pues, fuera de estos límites, las adquisiciones eran antinaturales y antipolíticas. Había libertado á la Italia hasta el Adige, teniendo cuidado de indemnizar en Alemania á los príncipes austriacos que habían perdido sus dominios en aquel país. Reconociendo la necesidad de la autoridad pontificia según el dogma, y su alta utilidad según la política, había restablecido al papa, que le debía la seguridad y el respeto que disfrutaba, y que esperaba de ello la completa restitución de sus Estados. Desdeñaba con mucha cordura la ira impotente de los Borbones de Nápoles, y había arreglado el Estado de Suiza de un modo admirable. Admitiendo á la vez cantones grandes y pequeños, cantones aristocráticos y democráticos, porque los hay de todas clases, obligándolos á vivir en paz y en igualdad; haciendo cesar las sujeciones de clases y territorios; en suma, aplicando en los Alpes los principios de 1789; sin violentar á la naturaleza, que es siempre invencible, había dado en el acta de mediación el modelo de todas las constituciones de la Suiza. Pero donde más se declaró la profunda sabiduría de la política consular fué en Alemania. Había allí príncipes alemanes despojados de sus patrimonios con la emancipación de la Italia. El primer cónsul juzgó que no se podía menos de indemnizar á todos al mismo tiempo que se organizaba la Alemania. La revolución francesa había sentado en Francia el principio de las secularizaciones por la enajenación de los bienes eclesiásticos, y planteó para indemnizar á los príncipes desposeídos era extenderle á la Alemania y hacer que fuera reconocido. Con lo que quedaba de los Estados de los arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia, y con los de algunos otros príncipes eclesiásticos, el primer cónsul había compuesto una masa de indemnizaciones suficientes para satisfacer á todas las familias regias perjudicadas, y para mantener en Alemania un buen equilibrio. Después de haber combinado con acierto las indemnizaciones y las influencias de la Confederación, después de haber asegurado pensiones convenientes á los príncipes eclesiásticos desposeídos, había formado su plan con mucho detenimiento, y como entonces no abrigaba la pretensión de escribir los tratados sólo con la espada, había asociado á su obra á la Prusia por interés y á la Rusia por amor propio, se había conquistado con estas adhesiones la del Austria, y haciendo aceptar el acta de la dieta de 1803, había consumado una obra maestra de política paciente y profunda.

Con efecto, el acta de la dieta, sin comprometernos demasiado en los asuntos alemanes, restablecía en Alemania el orden, la calma, la resignación, y ponía en nuestras manos la balanza de los intereses germánicos. Sobre todo, nos preparaba la única alianza apetecida entonces y posible, la alianza de la Prusia. La Francia era á la sazón tan poderosa y tan temida, que con la alianza de uno solo de los Estados del continente estaba segura de la sumisión de los demás, y una vez el con-

tinente sometido, la Inglaterra debía devorar en silencio la amargura que le causaba el engrandecimiento de su rival. Ahora bien, sólo en Prusia se podía encontrar entonces esa alianza deseada. Habiendo perdido el Austria los Países Bajos, la Suabia, casi toda la Italia y los principados eclesiásticos, era en Europa la primera de todas las víctimas de la revolución francesa, lo cual era un mal inevitable. La política aconsejaba muchos miramientos con ella, y aun aconsejaba indemnizarla si era posible, pero sin la esperanza de tener en el Austria una amiga, una aliada. La Rusia no podía coligarse sino á costa de concesiones funestas en Oriente, y así era preciso usar con ella una cortesía sin intimidación, y casi sin negocios. Quedaba, pues, la Prusia, con la que era fácil ponerse de acuerdo. Esta potencia, colmada de bienes eclesiásticos, deseando más, había llegado á ser lo que llamaban en Francia un *comprador de bienes nacionales*. Respetándola y favoreciéndola, sin exasperar demasiado al Austria, había seguridad de alcanzar su alianza. Su prudente y venturoso monarca estaba entusiasmado con la política del primer cónsul y buscaba su amistad. La unión de la Prusia nos aseguraba la sumisión del continente y la resignación de la orgullosa Inglaterra. El primer cónsul había arrancado á ésta con la paz de Amiéns el reconocimiento de nuestras conquistas, inclusa la que más le costaba soportar, que era la de Amberes. Sólo quedaba ya una dificultad que vencer, y era la de hacernos perdonar á fuerza de miramientos tanta grandeza adquirida en algunos años, y esto era hacerse, pues los ingleses admiraban al primer cónsul con todo el ardor del entusiasmo británico, que no le cede en nada al entusiasmo parisiense. Una lisonja que bajara de la altura de su genio, como el más elevado de los tronos, penetraría sin duda en el corazón de la alta Inglaterra. Podía suceder muy bien que no siempre le devolvieran lisonja por lisonja; pero, en la cumbre de la gloria que ocupaba entonces, podía desdeñar á unos cuantos oradores ingleses ó á los periodistas emigrados que trataban de ofenderle, y dejar al mundo, á la misma nación inglesa, el cuidado de vengarle!

Quedaba una potencia muy considerable en otro tiempo y muy decaída á la sazón, la España, que había permanecido bajo el cetro de los Borbones, pero que se hallaba en tal estado de descomposición, y en ese estado tan prosternada á los pies del primer cónsul, que éste, para gobernarla desde París, no tenía más que decir una palabra al pobre Carlos IV ó al miserable Godoy. Aun dejando que se concluyera la obra de descomposición, se le debía ver en breve pedir al primer cónsul, no sólo una política, lo que pedía ya, sino un gobierno y quizá un monarca.

¿Qué tenía, pues, que desear para sí y para la Francia el afortunado mortal que había llegado á ser jefe de esta nación? Nada, sino ser fiel á esa política que era la de la fuerza hecha soportable por la moderación. El vencedor de Rívoli, de las Pirámides y de Marengo, autor también del Concordato, de los tratados de Luneville y de Amiéns, del acta de la mediación suiza, del acta de la dieta de 1803, del código civil y del llamamiento de los emigrados, reunía más glorias diferentes que ningún mortal ha tenido nunca. Si un mérito podía faltar al conjunto de los que poseía, era quizá el de no haber dado la libertad á la Francia. Pero entonces el miedo de

la libertad, lejos de ser un pretexto del servilismo, era un sentimiento insuperable. Para la generación de 1800, la libertad era el cadalso, el cisma, la guerra de la Vendée, la bancarrota y la confiscación. La única libertad que entonces necesitaba la Francia era la moderación de un grande hombre. Pero ¡ay! la moderación de un grande hombre, dotado de todos los poderes, y aun cuando estuviere dotado de todos los genios, es la más quimérica de todas las ilusiones revolucionarias.

Pero la libertad hace falta siempre hasta en las ocasiones en que es extemporánea. Aquel hombre, tan admirable entonces por la misma razón de que todo lo podía, se encontraba al borde de un abismo. Efectivamente; apenas hacía algunos meses que se había firmado la paz de Amiéns, y la alegría de la paz se había enfriado algún tanto entre los ingleses, cuando quedó á sus ojos resplandeciente como una luz importuna la grandeza de la Francia, por desgracia poco disimulada en la persona del primer cónsul. Algunas atenciones prodigadas á Mr. Fox, que había llegado de visita á París, no impidieron que el primer cónsul conservara la actitud del árbitro no sólo de los asuntos de la Francia, sino de los asuntos de la Europa. Su lenguaje, que rebosaba genio y ambición, ofuscaba á los ingleses, y su actividad devoradora ponía en alarma su reposo. Mandaba un ejército á Santo Domingo, cosa muy permitida á la verdad, pero enviaba públicamente al coronel Sebastiani á Turquía, al coronel Savary á Egipto y al general Decaen á la India, con misiones de observación que difícilmente podían tomarse por misiones científicas. Era todo esto más que suficiente para despertar los recelos británicos. Por entonces aquellos emigrados, que habían querido permanecer en Inglaterra á pesar de la gloria y de la clemencia del primer cónsul, publicaban contra él y su familia escritos que la reprobación universal de la Inglaterra había sofocado un año antes, que hoy sus celos imprudentemente excitados acogían con favor, y cuya prohibición no permitían sus leyes. El caso era muy propio para ostentar desdén, pues desde la altísima cumbre que ocupaba el primer cónsul, podía mirar con desprecio las infamias de la calumnia. Pero tuvo la debilidad de bajar de esa cumbre gloriosa para escuchar lo que decían los libelistas, y se entregó á arrebatos tan violentos como indignos de él. ¡Ultrajarle así estando victorioso, era un crimen imperdonable! ¡Como si en todas las épocas y en todos los países, libres ó no, no ultrajaran al genio ó á la virtud! Pero no, era preciso que corrieran torrentes de sangre, porque unos libelistas, al injuriar diariamente á su gobierno, habían insultado á un extranjero, hombre extraordinario sin duda alguna, pero que al cabo y al fin era un hombre, y además era el jefe de una nación rival.

Desde aquel momento quedó arrojado el guante entre el guerrero en quien se había resumido la revolución francesa, y el pueblo inglés, cuyos celos habían sido tratados con pocos miramientos. Bastaban algunos días más para que Malta fuese evacuada, y por una fatalidad singular, preciso fué que en aquella ocasión, en que todas las pasiones británicas estaban excitadas, el primer cónsul, ejerciendo en Suiza su benéfica dictadura, enviase un ejército á Berna. Un ministerio débil, humilde servidor de las pasiones británicas, buscó aquí un pretexto para suspender la evacuación de Malta. Si el pri-

mer cónsul hubiese tenido paciencia, si hubiese insistido con firmeza, pero suavemente, la frivolidad de la causa no habría permitido diferir largo tiempo la evacuación de la gran fortaleza del Mediterráneo, solemnemente prometida. Mas habiendo experimentado el primer cónsul, además del sentimiento del orgullo ofendido, el de la justicia herida, pidió que se ejecutaran los tratados, pues no había ninguna potencia, según dijo, que pudiese faltar de palabra impunemente á la Francia y á él. Todo el mundo se acuerda de la escena tristemente heroica con lord Whitworth y del rompimiento de la paz de Amiéns. El primer cónsul juró entonces perecer ó castigar á la Inglaterra. ¡Funesto juramento! Los emigrados, hablamos de los que eran irreconciliables, no se limitaron á escribir, sino que conspiraron. El primer cónsul, descubriendo con su ojo penetrante las tramas que la policía no sabía descubrir, cayó sobre los conspiradores, y creyendo distinguir príncipes entre ellos, como no podía apresar á los que parecían ser los verdaderos culpables, se fué á Alemania, sin acordarse del derecho de gentes, á prender al descendiente de los Condé, á quien mandó fusilar sin conmisericordia alguna. De este modo, el severo reprobador del 21 de enero se acercó cuanto pudo al regicidio y pareció sentir una especie de satisfacción en cometerle á la faz de la Europa, despreciándola y desafiándola al mismo tiempo. El prudente cónsul se había convertido de súbito en un furioso entregado á dos extravíos, el del hombre herido que no respira más que venganza, y el del vencedor que desafia fácilmente á los enemigos de quienes está seguro de triunfar. Después, para burlarse más de sus adversarios y satisfacer al propio tiempo su ambición, se puso la corona imperial en la cabeza. La Europa, ofendida é intimidada á la vez, miró de otra manera á la Francia y á su jefe. Al ruido del fusilamiento de Vincennes, la Prusia, que estaba á punto de coligarse formalmente con la Francia, retrocedió, guardó silencio y renunció á una intimidad que había cesado de ser honrosa. El Austria, más calculadora, no demostró nada; pero aprovechó la ocasión para no observar ningún comedimiento en la ejecución del acta de 1803. El joven emperador de Rusia, Alejandro, hombre de honor y de honradez, fué el único que, como garante de la constitución germánica, se atrevió á pedir una explicación por la violación del territorio badense. Napoleón le contestó con una alusión injuriosa á la muerte de Pablo I. El zar se calló herido en el corazón, resuelto á vengar su ultraje. Así, pues, la Prusia silenciosa, el Austria alentada en sus excesos y la Rusia ultrajada, asistieron, animadas de estas disposiciones, al principio de nuestra lucha con la Inglaterra.

Entonces se preparó la expedición de Boloña. Napoleón habría podido organizar lentamente su marina, dirigir expediciones lejanas contra las colonias inglesas, y dejando en paz al continente mal dispuesto, pero intimidado, esperar á que sus expediciones causarían daños sensibles á la Inglaterra; que nuestros corsarios arruinaran su comercio y que ella se cansara de una guerra en que si nosotros podíamos hacer poco en su perjuicio, ella no podía hacer nada contra nosotros, pues nuestro tráfico era entonces puramente continental. Pero aquel genio poderoso, el triunfador más grande de las dificultades físicas que quizá haya existido nunca,

quiso luchar cuerpo á cuerpo con la Inglaterra, en lo que hizo perfectamente, pues si á alguno le estaba permitido intentar el paso de Calais con un ejército numeroso, era sin duda á él.

Efectivamente, al genio profundo de las combinaciones reunía el genio fulminante de las batallas, y reunía sobre todo el prestigio que fascina á los soldados, que desconcierta al enemigo, por lo cual podía, después de haber operado el prodigio de atravesar el estrecho, llevar otro á cabo, cual era el de terminar la guerra de un solo golpe. Sus preparativos, que se quedaron sin resultado, serán para los militares y los administradores monumentos inmortales de abundantes recursos. Pero ¡admiremos aquí los caracteres! Aquel hombre, que tenía que vencer la mayor de las dificultades, la de pasar el mar con un ejército de ciento cincuenta mil soldados, que por lo tanto necesitaba que el continente se conservara inmóvil; aquel hombre audaz, decimos, habiendo ido á Milán á tomar la corona de Italia, había declarado por sí y ante sí la reunión al imperio de la ciudad de Génova. Inmediatamente la coalición europea se formó de nuevo; la Rusia, herida en lo vivo por el ultraje que había recibido del primer cónsul, pero ofuscada también por las pretensiones marítimas de la Inglaterra, había pensado servir de mediadora y no había podido menos de pedir la evacuación de Malta. A la noticia de la anexión de Génova, no pidió ya nada; se coligó con la Inglaterra y el Austria, puso su ejército en movimiento y se prometió arrastrar de paso á la Prusia, que se contenía aún, gracias á la prudencia y moderación de su rey. Desde aquel día el pacificador de 1803 se había vuelto el provocador de una guerra general, y únicamente por no haber sabido dominar sus pasiones.

Pero aquel hombre era un hombre de genio como Alejandro ó como César, y la fortuna perdona mucho al genio y durante mucho tiempo. Las amenazas del continente no habían interrumpido los aprestos de su gran expedición; mas un almirante la hizo fracasar con una falta que cometió, lo que fué una fortuna, pues si hubiese estado embarcado en el momento en que el ejército austriaco pasaba el Inn, habría sido posible que en tanto que se abría el camino de Londres el ejército austriaco se hubiese abierto el de París. Sea como quiera, una vez aplazada la expedición, se lanzó como un león que de un enemigo salta á otro, corrió en algunos días de Boloña á Ulm, de Ulm á Austerlitz; puso en derrota al Austria y á la Rusia, y luego vió á la Prusia, que iba á coligarse con la Europa, caer temblando á sus pies pidiendo gracia al vencedor de la coalición.

Desde aquel momento la guerra á la Inglaterra se había convertido en guerra al continente, lo que no era por cierto una desgracia, si sabían conducirse tan bien en la política como en los hechos militares. Las potencias del continente, al tomar las armas por la Inglaterra, nos suministraban un campo de batalla que nos faltaba; un campo de batalla en el que encontrábamos Ulm y Austerlitz, en vez de Trafalgar. No había, pues, motivo para quejarse. Pero después de haberlas derrotado, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, era necesario conducirse con ellas de modo que no quedaran con tentaciones de volver á empezar; era preciso castigar al Austria, sin desesperarla, y aun consolarla en sus grandes infortunios, si es que había medio de procu-